



HAY en el curso de esta obra numerosas referencias y notas muy sentidas dedicadas a los yeseros, en cuya vecindad estuve largos años. Hablo siempre de ellos como de una cosa viva, conocida y actual, sin darme cuenta de que han desaparecido y que muchos se preguntarán ya cómo era el arte que dió vida al gremio que constituyó una de las ramas más frondosas del artesanado local.

Para que pase a la historia de Alcázar y al conocimiento de sus hijos, se hace esta somera descripción, tomando como base la última yesería, resuscitada por los nietos de uno de los yeseros más genuinos: «el Zorruno», hombre cetrino que sufrió mucho en el oficio, sin apartarse de él hasta su muerte.

Joven aún, se le cuajó un depósito en un pulmón y lo echaba a bocanadas con la tos. Como ese mal suele ser largo, el estado del «Zorruno» conmovió mucho el barrio. Se estuvo meses y meses pendiente de su estado y sin dar por su vida un cuarto. Todo el mundo se interesó. «Estrella», «Ricardo» y «Brocha» hicieron lo que pudieron. D. Magdaleno tomó aquello con su habitual coraje y lo llevó a que lo operara el bondadosísimo D. Juan Bravo, de grata memoria.

De resultas, le quedó al «Zorruno» un agujero en el costado que mantuvo la destilación hasta su muerte, después de muchos años y la compasión de las gentes un poco menos tiempo, porque es condición humana el cansarse y cambiar de pensamiento. El artesanado yeseril tuvo un siglo de vida, aproximadamente. La buena vista del tío «Pití», dió lugar a la primera fábrica, en pleno apogeo del oficio.

La Estación, por su parte, absorbió totalmente el barrio de los yeseros y estos tuvieron que hacer su segunda salida al campo, iniciando la expansión del pueblo entre el Santo y la vía, en el impropriadamente llamado barrio de Salamanca, cuyas primeras construcciones fueron los hornos del yeso, que no podían estar ya en la Cruz Verde.

Uno de los hornos emigrantes fué el del «Zorruno», que vivió en la calle de la Luna, en mal hora cambiada de nombre, orilla del «Chato Pellás» y que en su nuevo emplazamiento, falto de ambiente, sigue ofreciendo una nota de continuidad.

Los hornos del yeso, representaron en Alcázar un rudimentario medio industrial, desenvuelto en el seno de la familia, bastante independiente, aunque sin lograr la emancipación económica efectiva para librarse de otras tareas que fueron siempre indispensables para sostenerse durante el año. Llegaron a poseerlos aquellos más decididos y constantes, que no vacilaron para sacrificarse y librarse del peonaje, ni tampoco temieron echarse al camino noches y noches para colocar su mercancía, estimada en los demás pueblos por su buena calidad y elaboración.

Todos se instalaron en alcaceles de las afueras, comprados al efecto, con tan pocos recursos, que ni cercarlos podían, quedando reducidas las construcciones por el momento al horno y un cobertizo para el yeso.

El horno se construía a un lado, donde no fuera estorbo para el molede-ro ni para la vivienda futura y corriera el aire, para que se llevara el humo.

Eran redondos, parecían molinos de viento desmantelados, sin que les faltara espíritu quijotesco y muchos humos. La pared, de piedra y barro, de